EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA PINTORESCA DEL TIEMPO Y DEL GLOBO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 19, TOMO I.—LUNES 23 DE JUNIO DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Estudios históricos: Cárlos V, por D. Juan de Ariza.—Recuerdos de viaje; tercera parte, por D. Manuel Cañete.—El hermano de la mar, capítulo IV, por D. Tomás Rodriguez Rubí.—Revista teatral y literaria, por D. Cayetano Rosell.—Poesías, por D. A. F. del Rio.

ESTUDIOS HISTORICOS.

CARLOS V.

Así nos bosqueja el padre Miñana el retrato del emperador Cárlos V. = «Invocando en sus últimas palabras el nombre de Jesus, espiró tranquilamente aquel príncipe de ánimo y cuerpo invencible, y no inferior á ninguno en virtud y piedad. No hubo en él cosa alguna que no fuese admirable; su aspecto era agradable y magestuoso, y á la blancura de su color agraciaba mucho lo encarnado de sus mejillas; su cabello rubio en la juventud, y cortado segun la costumbre de los antiguos, se llenó despues de venerables canas. En su rostro largo sobresalia algun tanto el labio inferior inverso, carácter de los austriacos que le sucedieron: sus ojos eran azules y alegres; sus palabras pocas y modestas, aunque sazonadas con gracia; su andar lento, y tan compuesto en su traje y acciones exteriores que se acercaba á la severidad y gravedad. Las prendas de su ánimo eran excelentes. Fué pues clementísimo, y de una fortaleza y constancia invencibles. Amó extremadamente la justicia y la equidad, y fué tan liberal que no bastaban tesoros algunos á su beneficencia; tenia gran perspicacia, actividad é inteligencia en los negocios de la guerra y de la paz, á que se dedicó enteramente, y fué tan sencillo observador de la religion católica como vengador de ella. No siempre le favoreció la fortuna, y las veces que le fué contraria la toleró con paciencia ó la superó con ánimo excelso y fuerte. No solo venció á cuasi todos los que le movieron guerra, sino lo que es mas admirable, que á todos los vió prisioneros. Hizo grandes cosas y dió muchas batallas en el dia de su cumpleaños. Fué principalmente parco en los deleites; y si cayó algunas veces, ocultó su culpa con mucho pudor. Príncipe ciertamente digno de mejor siglo; y aunque contrajo algunos defectos por la infelicidad de los tiempos en que vivió, se dedicó á hacer severa penitencia de ellos en los últimos años de su vida.»

No deja de aparecer ilustre, segun el historiador de España, el primer monarca castellano de la nobilísima casa de Austria. Veamos de qué modo se explica un sábio historiador, el escocés Robertson.

«Como Cárlos fué, dice, por su gerarquía y dignidad el primer soberano de su siglo; el papel que representó fué asimismo el mas considerable y brillante, si se atiende á la grandeza, la variedad y feliz éxito de sus empresas. Solo observando con grande atencion su conducta, y no consultando las exageradas alabanzas de los españoles, ni las críticas parciales de los franceses, se puede formar justa idea del ingenio y prendas de este príncipe. Tenia propiedades peculiares que señalaban fuertemente su carácter; y que no solo le distinguen de los demas príncipes sus contemporáneos, sino que tambien nos explican aquella superioridad que conservó tan largo tiempo sobre ellos. Mostró siempre en todos los planes que combinó, una circunspeccion y prudencia de que era deudor á la naturaleza tanto como al hábito del gobierno.» =Mas adelante continúa.=«Su rapidez en la ejecucion no era menos notable que su detenimiento en el consejo. Consultaba con gran despacio; mas con celeridad obraba, y no mostraba menos sagacidad en la eleccion de las disposiciones que debia tomar, que fecundidad de ingenio en los medios mas adecuados para afianzar su logro. No habia recibido de la naturaleza el espíritu belicoso, pues permaneció en la inaccion durante la edad en que el carácter tiene mayor ardimiento y mas ímpetu; pero cuando tomó el partido de capitanear sus ejércitos, su índole se encontró en tan alto grado á propósito para seguir con felicidad cuantas carreras abrazase, que dejó ver bastante pronto un conocimiento del arte de la guerra y unos talentos para el mando, que le igualaron á los mas hábiles generales de su siglo. Cárlos poseia sobre todos y en el mas alto grado, la ciencia mas importante para un rey, la de conocer á los hombres y la de saber aplicar sus talentos á los empleos diversos que á cada uno de ellos confiaba.»

Otras varias observaciones añade el historiador escocés que no reproducimos en estas líneas por no cansar á nuestros lectores: pero tanto el religioso español como el ministro luterano, nos trazan un cuadro brillante de las cualidades del príncipe, que nacido al pie de dos tronos, era la mas dulce esperanza de dos dilatados imperios, y á quien llamaba su fortuna á ceñirse cuatro coronas y á gobernar un nuevo mundo.

A la disolucion feudal iba sucediendo en Europa cierta unidad política, que engrandeciendo los Estados daba mas esplendor y consistencia á las antiguas monarquías. Los emperadores de Alemania, aunque elegidos como antes, habian vinculado en su familia tan codiciada dignidad, y la eleccion del rey de romanos, siempre hecha en el sucesor presuntivo, fijaba casi enteramente la persona del emperador venidero. La sagaz política de Luis XI habia destruido la importancia de los barones; y sobre las banderolas feudales descollaba altiva la real bandera en todos los ámbitos de la Francia. Enrique VIII de Inglaterra, príncipe verdaderamente caprichoso, pero encariñado con su dignidad de monarca, habia conseguido poner un pie sobre la Cámara de los *Lores*, y apoyando el otro en los *Comunes*, sobreponerse á la gran carta, sustituyendo su voluntad propia á la regularidad de las leyes.

El casamiento de Fernando V con doña Isabel de Castilla, no reunió solo dos coronas, sino que tambien las prestó fuerzas para que haciéndose superiores á los embates de una nobleza belicosa, rica é independiente, pudiesen dar una organizacion monárquica á la sociedad española y al cetro sin brillo que los reyes sus antecesores no lograron conseguir nunca. La célebre conquista de Granada particularmente debida al ánimo fuerte y grande fé de aquella reina ilustre, la incorporacion de Navarra y la administracion de los grandes maestrazgos de las órdenes, vinculada en la dignidad del monarca, robustecieron en gran manera la autoridad del rey Fernando, haciendo al fin de la Península un reino compacto y poderoso; conquistador de Nápoles y las Sicilias y descubridor del nuevo mundo.

La república de Venecia era la única potencia en Italia que conservaba su poder y una independencia absoluta. El Milanesado convulso en complicadas sucesiones llamaba la atencion de los príncipes que habian contendido ya en Nápoles; y una lucha de grande empeño habia de seguirse á la muerte del último duque. Génova, siempre escarnecida por su rival de las lagunas, bien necesitaba protectores; y la ciudad de los Médicis se iba preparando poco á poco para transformarse andando el tiempo, en el gran ducado de Toscana. El poder material de Roma cada dia mas combatido y aun mas débil, no era tampoco moralmente lo que en otros siglos pasados. Muy diferentes los monarcas hácia el sucesor de S. Pedro, habian separado mañosamente lo temporal de lo divino; y con mil protestas religiosas no descuidaban sus intereses, con el beneplácito ó la censura de los pontífices romanos.

Tal era el estado de la Europa cuando el jóven príncipe don Cárlos en el año de 1517 ciñó la corona de España por enfermedad de su madre; en cuyo nombre, y como asociado, ejercía la gobernacion de los reinos.

Educado en la ciudad de Gante no conocia bien el jóven rey ni las costumbres ni los hombres de la española monarquía. Aficionado á los flamencos puso en sus manos una gran parte del poder, y los castellanos altivos veian con ceño la dominacion extranjera. A pesar de sus pocos años supo conocer el monarca la alta mision de su destino, y dedicándose á los negocios manifestó sus grandísimas disposiciones para ellos, y dió una prueba de lo que debia ser en adelante: cuando sustentase su cabeza tantas coronas, y hubiese de abarcar su vista como la carrera del sol, los hemisferios de dos mundos.

La muerte de Maximiliano, su abuelo, dejaba vacantes las coronas del imperio germánico y despertaba las ambiciones de los mas poderosos príncipes. Don Cárlos I de España, como primogénito de don Felipe, heredaba los Paises-Bajos y todas las provincias patrimoniales de la noble casa de Austria: tambien con arreglo á la costumbre ya recibida en el imperio, le correspondia el manto de los Césares, y su corazon grande y noble no era á propósito para renunciar tal herencia. Francisco I de Francia no podia ver sin graves temores el engrandecimiento de un príncipe que ciñendo todos sus estados por el Rhin, por los Alpes y Pirineos, tenia la posibilidad de ahogarlo al simultáneo movimiento de sus tres brazos de gigantes. Aprovechando la ocasion de hallarse don Cárlos entre sus súbditos de España, pretendió el monarca francés hacerse elegir emperador; poniendo en juego cuantos resortes su ambicion y sus intereses reclamaban. No se descuidaron los amigos del jóven monarca español, y despues de acaloradas discusiones fué llamado al trono de sus ilustres ascendientes.

Desde este momento empezó á desplegar aquella actividad prodigiosa, que pasando del gabinete á los campamentos, le hizo igual á los mejores capitanes de su siglo, y muy superior á los políticos de entonces.

Enteramente dedicado al gobierno de sus inmensas posesiones, y fija su atencion en las diferentes potencias, que ya enemigas descubiertas, y ya cautelosas rivales, acechaban una ocasion para coligarse y menoscabar su poder, no tuvo tiempo que dedicar á los placeres; y su corte, mas bien guerrera que galante, no dió el escándalo que por aquel mismo tiempo, y en situaciones bien difíciles, daba á la Europa la del rey Francisco I.

Profundamente interesado en penetrar las relaciones diplomáticas, que entre las diversas córtes mediaban, dió el emperador Cárlos V un grande ensanche á las internacionales relaciones, y creó esa especie de intervencion mútua á que hoy se debe el equilibrio de la Europa.

Como algunos escritores han supuesto que el emperador aspiraba á la universal monarquía, no será fuera de propósito examinar esta cuestion, que nos llevará naturalmente á discurrir sobre las causas que motivaron tantas guerras.

Los escritores que han sostenido una opinion en tal manera estraordinaria, no han presentado á la verdad ningunas razones palpables de las que pudiera inferirse un pensamiento tan extraño. Mirando en globo toda la estension de los dominios que á D. Cárlos obedecian, enumerando sus conquistas, y teniendo en cuenta sus guerras, han creido que todas ellas tuvieron por móvil únicamente la ambicion del monarca, y el deseo ardiente de conquistar mas territorios. Para no confundirnos en este exámen, iremos dividiendo las guerras por los paises en que fueron teniendo efecto; por mas que anticipemos alguna fecha, poco importante á la verdad cuando no se pretenden describir batallas ni triunfos.

La primera guerra que conmovió la monarquía española durante el gobierno del rey y emperador D. Cárlos, fue desgraciadamente civil.

El principal conato de los reyes católicos habia sido ir disminuyendo poco á poco la omnipotencia de los señores, y fomentar el poderío de las ciudades; para por una sábia contraposicion de ambas fuerzas tenerlas *á raya mútuamente y neutralizar* los embates que contra el trono dirigian. Apenas sentado D. Cárlos bajo el dosel de sus mayores, tuvo que presentarse como árbitro en las diferencias que entre los nobles de Valencia, y una parte de aquellos pueblos estallaron; siendo tan propicio á estos últimos, que les otorgó quedar armados: dando fundamento á la hermandad que mas adelante llevó sus pretensiones muy lejos, y persiguió con grande encono á la nobleza de aquel reino.

Electo emperador el jóven príncipe, se vió en la necesidad de convocar Córtes de Castilla, para pedirlas un subsidio, bastante á presentarse en Alemania con el esplendor y decoro que á su dignidad convenia, pues la rapacidad de los flamencos se habia cebado con sed hidrópica en el tesoro del monarca. Antes de reunirse las Córtes se manifestó un espíritu de discordia, ya en la generosidad de las ciudades, porque el rey iba á marcharse al extranjero, y ya en algunas, porque Santiago, punto designado de reunion, no convenia para sus miras, ó á sus preeminencias chocaba. Valladolid fue la primera en manifestar descontento, y sin la premura con que D. Cárlos y sus consejeros mas íntimos emprendieron la marcha, no les hubiera sido fácil ponerse en salvo hasta la capital de Galicia.

Las Córtes que allí se congregaron, como reunidas en tan azarosas circunstancias, se desataron en peticiones excesivas, y los diputados que accedieron á la solicitud del monarca, fueron tratados en sus ciudades como malos guardadores de sus fueros, y alguno de ellos asesinado, como Tordesillas por los vecinos de Segovia.

Firme el monarca en su propósito de pasar al germano imperio, encomendó la regencia al cardenal Adriano, el vireinato de Aragon á D. Juan Lanuza, y el de Valencia al noble D. Diego de Mendoza, conde de Melito. Este arreglo no satisfizo á los castellanos, y particularmente á los nobles, que veian con ceño la autoridad puesta en las manos de un flamenco. Pero debe tenerse en cuenta que no habia despojado el monarca de toda participacion en el poder á sus vasallos españoles, como lo prueban los vireinatos encomendados á Lanuza y al noble conde de Melito.

La rivalidad del poder que desde el siglo anterior mediaba entre las ciudades y señores, rivalidad manifestada al establecer los reyes católicos las hermandades de Castilla, hizo estallar, por mas que quisieran fundarla en las peticiones hechas al rey, y la gobernacion de Adriano, la guerra civil conocida bajo el nombre de guerra de los *comuneros*: contienda lastimosa en verdad, y en la que vertiendo su sangre los vencidos no alcanzaron los vencedores el honor del triunfo ni los laureles de la gloria.

Es una opinion recibida, que las guerras de las hermandades fue una lucha á muerte entre la libertad y el despotismo, y que sucumbiendo la primera se entronizó arrogante el segundo. Para desvanecer este error conviene examinar bajo algunas faces el hecho y deducir sus consecuencias mas legítimas y palpables.

¿Habia durante la edad media, el siglo XV y principios del XVI libertad política en España? No vacilaré en rechazarlo. La España tuvo en su edad media poderosos condes, guerreros, obispos y ciudades privilegiadas: el pueblo en general era esclavo. La España tuvo en el siglo XV los anteriores elementos, debilitados algun tanto por un elemento naciente: por la inquisicion religiosa.

¿Y bajo qué punto de vista debe mirarse la cuestion, para sostener que los comuneros de Castilla defendian las libertades públicas contra el despotismo del trono? A mis ojos desde ninguno. La libertad civil está basada en la igualdad ante la ley; y si se hubiera dicho entonces que un rico-home, que un hijo-dalgo y que un pechero podian tener los mismos jueces, el mismo enjuiciamiento y castigo, se hubiera levantado Padilla contra el innovador audaz que menoscababa sus fueros. ¿Pero hallaremos la libertad en la organizacion política? Si hubieran pedido los pueblos el mandar todos sus diputados, Toledo y Burgos, Valladolid, Santiago y Segovia, hubieran rechazado la demanda que sus privilegios menoscababa. Los comuneros de Castilla reclamaban sus privilegios; y cuando se piden privilegios de cualquiera especie que sean, *no* se combate ciertamente en pro de la libertad proclamada. No me cansaré de repetirlo. En la organizacion feudal que habia recibido la España, como todos los pueblos de Europa, una iglesia, una ciudad, un baron representaban el mismo principio personificado en el Señor, en la municipalidad ó el arzobispo: siendo tan vasallos los pueblos colectivamente como en particular cada hombre.

Los ciudadanos de Toledo, que se consideraban como custodios de los fueros de las Castillas en virtud de los particulares privilegios de que gozaban, alzan pendones contra el rey, acaudillados por Padilla: asesina Segevia al diputado Tordesillas: Burgos, Zamora y otras ciudades arrasan las casas y queman en efigie á sus representantes; incendian á Medina del Campo, y declarando contra las leyes la autoridad de que goza Adriano, se apoderan de doña Juana, recogen los sellos al cardenal, y gobiernan como les place.

Al recibir tan tristes nuevas D. Cárlos, y no pudiendo venir á España, dirigió sus cartas á los comuneros, llenas de palabras conciliadoras, y concediéndoles las peticiones que en las últimas Córtes habian presentado al monarca. Para tranquilizarlos mas, nombró por co-regentes de Adriano al gran almirante D. Fadrique Enriquez y al condestable de Castilla D. Iñigo de Velasco.

Envanecidos los comuneros con el éxito de sus armas, aumentan sus pretensiones; y como su principal tendencia era apoderarse de las ventajas que estaban disfrutando los grandes, pidieron al rey entre otras cosas, que no se diese en adelante á la grandeza el gobierno de las ciudades.

Apercibidos al fin los grandes de que iban á ser-

vir de blanco en la lid que se preparaba, apellidaron sus meznadas, y consiguieron finalizar tan gran querella con la rota de Villalar y las ejecuciones de Toro. Debiendo no perder de vista que si el noble conde de Haro mandó el ejército del rey en la memorable batalla, antes habia mandado el de la liga don Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, y en Villalar eran sus jefes los nobles concejales Padilla, Maldonado y Bravo.

Muy poca parte pudo tomar el emperador en la cruda lucha que terminó tan tristemente; colocado á larga distancia pronunció palabras de paz: pero su voz no fue escuchada, y sus enemigos cayeron. No se contaron muchas horas desde la rota de Villalar hasta la ejecucion de Padilla y de sus demas compañeros: el emperador de Alemania, á muchos centenares de leguas, no pudo detener el hacha, como lo hubiera verificado ciertamente, habiéndose hallado en Castilla. No era D. Cárlos sanguinario ni tirano como le nombran. Con vastas miras, y con un corazon mas grande aun, seguia su camino al galope, sin reparar en los obstáculos: y si atropelló en su carrera á los que impedirla quisieron, les tendió su mano cuando pudo, y prosiguió siempre marchando.

Por lo que llevo referido se conoce sin gran dificultad la poca parte que el recien electo emperador pudo tener en la guerra y ejecuciones de los comuneros de Castilla. Pero con todo, esta malhadada querella ha contribuido poderosamente á la prevencion ó desden con que una gran parte de los españoles contemporáneos miran la memoria de un héroe, de un caballero y de un monarca. Príncipes menos poderosos é ilustres han recibido de sus pueblos la calificacion de grandes, mientras el monarca de dos mundos yace entre las sombras del olvido, porque los castellanos demócratas le miran siempre en Villalar, y los partidarios de la teocrácia sobre las murallas de Roma.

Me he detenido demasiado en este pasaje de tan brillante época, y necesito tomar aliento para continuar en su exámen.

JUAN DE ARIZA.

RECUERDOS DE VIAJE.

Pamplona.—Las fiestas de San Fermin.

TERCERA PARTE.

La feria que en honor de S. Fermin, patron del antiguo reino de Navarra, se celebra en Pamplona todos los años, desde el 29 de junio hasta el 18 de julio, no habia podido verificarse en sazon, merced á los acontecimientos políticos que trastornaron la España en aquel breve período de tiempo; y por lo tanto tuvo principio el domingo 20 de agosto de 1843, cuyo dia, cuarto de mi permanencia en la ciudad, amaneció de los hermosos del verano. El cielo limpio y trasparente, el sol, vestido de rayos mas puros de los que ordinariamente ostenta en aquel nebuloso pais, y la alegría que despertaba el bullicio de las antes desiertas y silenciosas calles, todo parecia haberse aunado al soplo vivificador de algun sér sobrenatural, para embriagar los sentidos y hablar á la imaginacion de la manera mas elocuente. Los sencillos habitadores de los lugares comarcanos habian acudido al llamamiento de la capital, que les convidaba con lucidas corridas de toros y fiestas de toda especie, y las familias enteras, deseosas de entregarse á los placeres y consumir en pocos dias los ahorros de meses enteros de continuada fatiga, abandonaban sus hogares alegremente, y se encaminaban en romeria á la venturosa patria del Santo mártir, en quien todos encuentran siempre un refugio en las horas de pesares y de amarguras. Justo será pues en este sitio, y ya que de S. Fermin se trata, recordar la historia de un tan esclarecido varon, y las extraordinarias circunstancias que presidieron al hallazgo de su sagrado cuerpo; pero si alguno cree fuera de propósito esta digresion tan justa, yo le responderé como *Francisco de la Torre* en su comedia *La confesion con el demonio*:

«Si el cuento no viene á cuento
viene al menos de camino.»

Ignórase el año en que nació el santo obispo á quien tan justa veneracion consagran los navarros; pero sí se sabe, porque lo dice el analista Moret (que tuvo presentes cuantos documentos pudieran hacer al caso), que vivia y era jóven en los tiempos de la predicacion de S. Saturnino (por los años cincuenta y cinco de nuestra redencion), y que debió su sér al senador de Pamplona Firmo, convertido al fin á la religion cristiana por las exhortaciones del santo discípulo de S. Pedro, Pontífice de Tolosa en aquellos dias. Inflamado su espíritu con las verdades que aprendió de los labios del virtuosísimo Honesto, delegado de S. Saturnino, quiso contribuir en cuanto sus fuerzas alcanzasen á la propagacion de los principios regeneradores del cristianismo, y se ejercitó en predicar la fé verdadera en todas las poblaciones limítrofes de Pamplona, no bien hubo emprendido, lleno del mas santo celo, la carrera sacerdotal. Grandes y provechosos fueron los resultados que llegó á conseguir en esta empresa, gracias al torrente de luz que esparcian por donde quiera sus inspiradas palabras; y el número de los infieles que su persuasion atrajo al gremio de la religion naciente fue tan crecido, que con dificultad lo concibe la imaginacion. Pero á su alma grande y emprendedora apenas bastábale los no difíciles triunfos que en los pueblos de la Vasconia conseguia; por lo tanto, firme en sus creencias elevadas, noble en sus instintos generosos, ansiaba dividir el peligro de aquellos que por sembrar la semilla de salvacion arrostraban las persecuciones y aun la muerte en las ciudades de la Galia; y animado de este piadoso deseo, quiso partir á las partes de occidente, en las que corrian mayores riesgos los apóstoles de la religion del Crucificado. Súpolo el ilustre Honorato, sucesor de S. Saturnino, y al ordenarle en el grado y dignidad de obispo, para que cumpliese un propósito tan benéfico, le dirigió con un acento inspirado y lleno de la mas profunda conviccion estas palabras, que todavía se conservan en las actas.—«*Gózate, hijo, porque has merecido ser vaso de eleccion en el acatamiento de Dios. Entrate denodadamente por la dispersion de gentes y naciones; porque has recibido del Señor la gracia y oficio del apostolado. No quieras temer; porque Dios está contigo en todos tus empleos. Y hágote saber, conviene que por su nombre padezcas grandes trabajos, para que llegues á la corona de la gloria.*» (1)—Confortado con estas evangélicas razones, y cada vez mas enardecido del fuego santo que el mismo Dios infundia en su corazon virtuoso, partió Fermin ó Fermino para la Auvernia, que era á la sazon uno de los puntos mas obstinados en seguir la errada senda del paganismo. Pero el celo que empleó el obispo pamplonés fue tan grande, y tan celestial verdaderamente su elocuencia, que tan solo redujo á creer en el Dios de paz y de mansedumbre á sencillos y fáciles labradores y gente del vulgo, sino que los obstinados personajes Arcadio y Rómulo abrieron por él los ojos á la razon, y abjuraron de sus errores, con gran gozo de todos los que creian en la salvacion eterna: despues, á semejanza de las inocentes golondrinas, nuncio siempre de la estacion mas hermosa del año, atravesó el Loyre precedido de la fama de sus virtudes y sabiduría; y al poco tiempo, una gran parte del Anjou, edificada con sus elocuentes predicaciones, vió en el ignominioso padron en que dió su vida el Redentor del mundo una enseña, la mas gloriosa, de inacabable felicidad. Tan interesantes conquistas llenaban de júbilo el puro corazon de Fermin; y ansioso de extender mas y mas la luz de los inspirados evangelistas, pasó al pais de Beovaes, en el cual le esperaban terribles pruebas. Irritado el idólatra presidente Valerio del éxito que obtenia en su empresa el venturoso español, le encerró en un calabozo estrecho y poco sano, é hizo que allí le azotasen repetidas veces, con un furor propio de tigres, sin el mas mínimo sentimiento de humanidad. Largo tiempo permaneció el navarro apóstol en aquella dura prision; y cuando depuesto Valerio entró á sucederle en el gobierno de aquel pais Sergio, la suerte del santo obispo se empeoró en vez de haber hallado el alivio que todo el pueblo le deseaba. Resignado, pues, y sin proferir la mas leve queja sufria Fermin el mal trato de aquellos hombres implacables y feroces, y en medio de los tormentos con que ponian tan á menudo á prueba su grande espíritu, se le vió siempre sonreir con la calma y la tranquidad del justo, como si fueran para él las armas de los sayones encargados de martirizarle, fuente de placeres inesperados, y de felicidades desconocidas. Pero el cielo que acogia estas pruebas de su constancia como el título mas estimable para aspirar á las etéreas regiones, se dolió de los sufrimientos que aquel su escogido siervo experimentaba, y el infame gobernador que se habia inhumanamente constituido en verdugo del santo apóstol, murió de muerte violenta cuando mas ufano creia poder humillar aquel espíritu que se resignaba con tanta fé á sufrir serenamente toda clase de padecimientos. El pueblo en cuanto supo el desastroso fin del que imprudentemente le tiranizaba, puso en libertad al santo; el cual, despues de haber ejercido con aquellos naturales la virtud de la caridad cristiana, procurando aliviarlos en sus desgracias, y haciéndoles el incomparable bien de conducirlos al buen sendero, partió para Amiens antigua capital de la provincia de Picardía, y hoy del departamento del Soma. En ella le estaba reservado el bien mayor que pueden alcanzar los hombres, la palma de la inmortalidad conquistada por el martirio: pues los sacerdotes paganos, irritados al ver que el pueblo (convencido de la verdad evangélica que las palabras del santo le trasmitian) dejaba de tributar ofrendas á los falsos ídolos, esquilmando así las regalías de que su ambicion insaciable disfrutaba, hicieron venir de Tréveris, adonde temporalmente habian trasladado su residencia, á los presidentes Lóngulo y Sebastiano. No bien estos hubieron llegado á Amiens, Auxilio Curial, sacerdote de los templos de Júpiter y Mercurio, formuló ante ellos una acusacion contra Fermin, obteniendo de entrambos jueces el decreto de que el santo compareciese á juicio en la puerta Chipiana; y el virtuoso obispo lejos de esquivar el riesgo que tan de cerca le amagaba, se presentó el dia antes del señalado en audiencia pública en el Pretorio, á donde el pueblo dió vivas muestras de la adhesion con que le miraba, y puso no poco espanto en el ánimo de los jueces que mandaron encerrar al que ellos llamaban reo en un calabozo: y la noche de este mismo dia (que fue el 5 de setiembre), temeroso de que el pueblo se alborotase y rompiese todos los obstáculos que se oponian al logro de sus fines, que eran libertar al santo, fue este degollado en su prision inhumanamente. La época fija de tan lamentable catástrofe no se ha podido averiguar todavía, pues los autores la colocan, unos á los fines del imperio de Trajano, otros en el de Adriano, y otros finalmente en el de Antonino Pio, sin que sea posible deslindar cuál de estas tres opiniones tiene mayores visos de certidumbre. Lo cierto es que Sebastiano trató de sustraer el sagrado cuerpo del santo á la veneracion de los cristianos, y que Faustiniano, senador de Amiens, y huésped de Fermin, sobornó á los soldados y lo enterró envuelto en preciosos lienzos y yerbas aromáticas, en una granja suya llamada Abladana, la cual quedó consagrada para cementerio, y fue el primero que tuvieron los cristianos en aquella tierra. En el lugar de esta granja se levantó, andando el tiempo, el monasterio de S. Achiolo; y poco despues de los acontecimientos que acabo de enumerar, en razon del secreto que se vió precisado á guardar Faustiniano, se ignoraba el sitio en que reposaban las cenizas del santo mártir.

Al considerar la grandeza de aquellos venturosos mortales, que con la esperanza de una eterna gloria ofrecian en holocausto el sacrificio de sus propias vidas, para hacer fructificar con su pura sangre el árbol naciente del cristianismo, y al ver á una gran parte de los hombres de hoy agitándose entre la duda y la desconfianza, sin un sentimiento generoso, faltos de toda creencia, y esclavos de egoismo (fruto emponzoñado de la malamente llamada filosofía de los hipócritas de despreocupacion del último siglo), el alma echa de menos aquellos tiempos, rudos es verdad, pero en los cuales lo era todo el sentimiento y nada las exterioridades, y el hombre no se dejaba arrastrar al impulso de leves ráfagas hácia los mas opuestos polos, teniendo el interés por único norte; aquellos tiempos en que se moria defendiendo las

(1) Moret.—Anales del reino de Navarra. Lib. 1.º, cap. 3.º

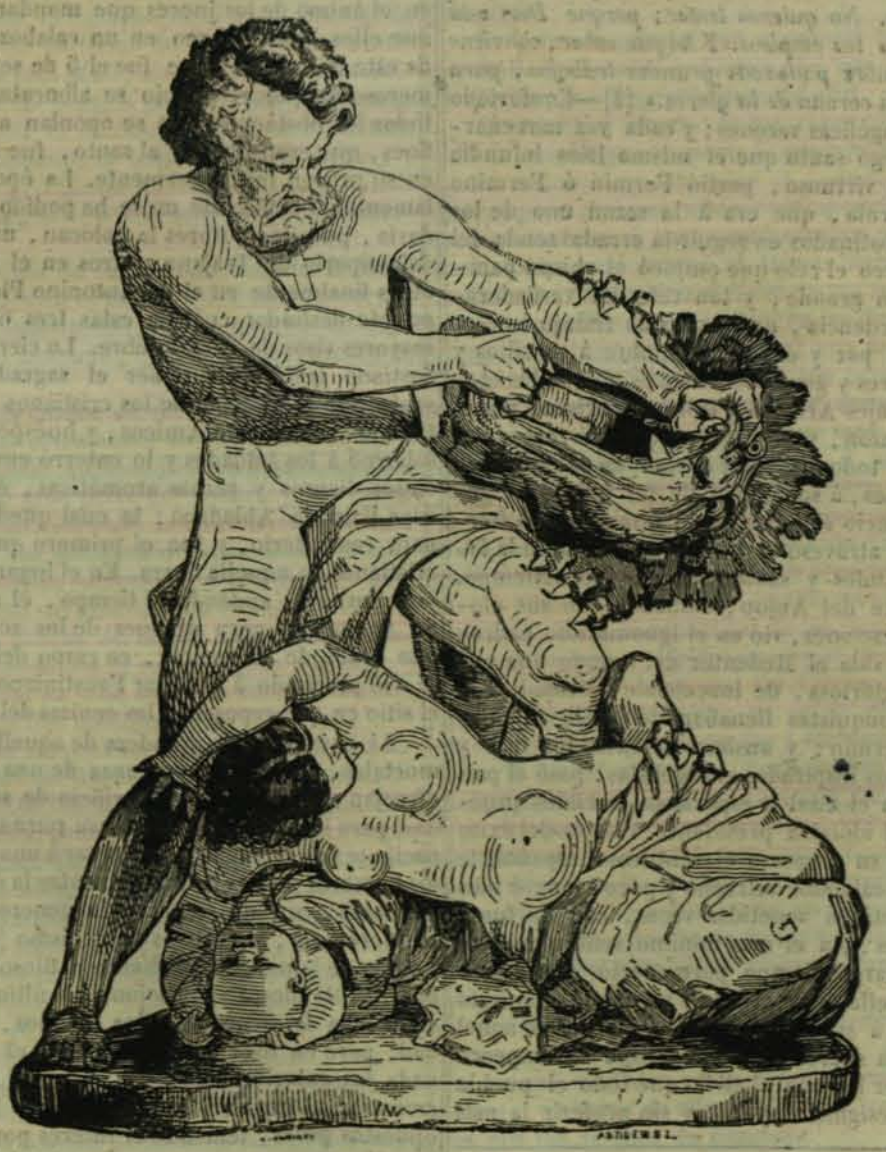
verdades de que se estaba firmemente penetrado, sin hacer alarde hipócritamente de virtudes pegadizas que no pueden albergarse en el corazon cuando se halla la lengua tan dispuesta á preconizarlas cada minuto. Pero como la ley de la naturaleza es tal que no permite alteracion alguna, fuerza es resignarse á ser arrastrado en ese torbellino *egoista*, que es el distintivo de nuestro siglo, ya que en vano intentarian pequeños átomos robar su lumbre al sol que venera la multitud, pocas veces justa y acertada en las adoraciones que tributa. Sigamos, pues, el destino que nos ha tocado, y contemos á nuestros lectores, ya que les hemos dado una ligera idea de la gloriosa vida del santo patron de Navarra, cómo fué el hallazgo de su sagrado cuerpo en los primeros años del siglo VII.

La iglesia de Amiens se veia dichosamente regida por su bienaventurado obispo S. Salvio, cuando empezaron á nacer en el pueblo vivos deseos de encontrar el glorioso cuerpo del santo mártir, que tantos y tan inconcebibles milagros ejecutaba. Diariamente pedian todos al cielo que les concediese la dicha de dar en el codiciado tesoro, y hasta se hicieron públicos ayunos y oraciones para llegar al logro de tan santa empresa. El cielo al fin, movido de las ardientes súplicas de aquellos fieles, inspiró al prelado, aunque no con toda claridad, el sitio á donde podrian encontrarse las reliquias del santo apóstol; y aquel, celoso de descubrir lo que todos con tanto fervor pedian, elevó en el lugar señalado sus oraciones con mayor recogimiento, y vió asombrado el sin igual prodigio de que á él solo hicieron los cielos partícipe en aquel dia (13 de enero del año 612) (1). Cuando mas embriagado se hallaba en sus divinales éxtasis, vió abrirse el cielo súbitamente, y descubrirse en él un trono magestuoso, del que salia un rayo de luz de inaccesible claridad, continuándose hasta tocar en la tierra con la punta que formaba, y causando entre el gozo cierto horror sagrado de veneracion. Luego entendió que hablaba el cielo á su deseo. Convocó el clero, llamó al pueblo, comenzó á cavar, ayudándole otros, en el lugar señalado, y apenas se movió someramente la tierra, cuando se sintió derramar en torno una fragancia celestial, como si todos los linajes de aromas se desmenuzasen allí con los instrumentos del piadoso trabajo, y todas las flores respirasen en la circunferencia varias exhalaciones odoríficas; y aumentándose la fragancia cuanto mas se ahondaba, ella misma descubrió á su autor aun antes que pareciese. Dióse en fin en la vena del tesoro que se buscaba, y descubrióse la urna del sagrado cuerpo, cosa que llenó de júbilo los corazones; y honrando el cielo el descubrimiento del mártir con nuevo y raro prodigio, se sintió repentinamente inmutarse la naturaleza toda, calmar el aire rígido en el corazon del invierno, y suceder una blanda marea de aire templado y favorable, y de tan eficaz actividad, que súbito vistió los campos quemados del hielo de verdor, é infundiendo vigor en las plantas, se vieron los árboles, unos madurando el fruto en la preñez y encierro del boton, otros prometiéndole cercano en la esperanza de la flor; otros en las verdes hojas esplayadas, y algunos con la sazon de los frutos, haciendo con el peso de ellos inclinacion las ramas, como si convidáran. Este prodigio se divulgó por los cercanos lugares, y una gran multitud de gente corrió á adorar al santo, ostentando preciosas y floridas ramas, con algunos de los milagros en ellas. Lleváronle pues á Amiens, siendo su entrada triunfal como la de Cristo en Jerusalen, y aplicándosele el mismo canto de bienvenida que al príncipe de los mártires: *Hossanna, Benedictus qui venit in nomine Domini*; y el santo Pontífice Salvio depositó una tan preciosa carga en el magnífico templo de Santa María, que él mismo habia hecho edificar algunos años antes. Desde entonces multitud de devotos del vecino reino de Navarra iban á visitar frecuentemente el sagrado cuerpo, hasta que en accion de gracias por los infinitos milagros que el mártir obraba en pró de los hijos de su pais natal, el reino todo le eligió patron suyo, consagrándole la feria y fiestas que se verifican en Pamplona todos los años en los enunciados meses de junio y julio.

El pueblo navarro, poco bullicioso si con el andaluz se le compara, parece que se reviste de un nuevo seren los dias de las fiestas, y que depone enteramente su gravedad habitual para entregarse á toda clase de regocijos; pero aun en medio de estos conserva cierto aire de ingenuidad y de candor, que si bien no es tal ni tan característico como en los venturosos tiempos de Cadalso (segun se dijo en el artículo primero), es todavía muy recomendable, porque ha sufrido la terrible prueba de siete años de una guerra inmoral y fratricida, que será para nuestra vergüenza el escándalo de los siglos. Tafalla, Olite, Peralta, Estella, Sangüesa, Rocaforte, San Esteban de Lerin, Subirá, Roncesvalles, Urdax y otras muchas poblaciones, inclusa Tudela y aun la misma Zaragoza, contribuyen al esplendor de la feria de Pamplona, mandando á ella una porcion de sus hijos; y desde que el sol amanece hasta que se recli-

na en el ocaso en un lecho de arreboles, multitud de cuadrillas de aldeanos con sus camisas de un solo color, sus boinas y anchísimos pantalones, traje que hace sobresalir sus elevadas estaturas y gallardos continentes, cruzan por todas las calles y plazas, bailando con la sencillez de los pastores primitivos, tocando el tamboril y la dulzaina, y á veces entonando los melodiosos cantares y *zorcicos*, á que dan una particular expresion las acentuadas palabras del vascuence, armonioso en extremo por los muchos diptongos que las engalanan. En esta ocasion, mejor que en ninguna otra, puede conocerse bien que el pueblo navarro conserva moralidades, y que á pesar de su aficion al vino es sóbrio, y no llega á embriagarse. En los dias que duraron las fiestas no hubo que lamentar ni una sola desgracia: es mas, ninguna de esas pendencias indecorosas que son tan ofensivas al pudor, como frecuentes en los barrios bajos de Madrid y Andalucía, turbó el general contento de aquellos honrados naturales; y al ver la fraternidad y el respeto que mútuamente se conservaban, hubiérase dicho que cuantos habitaban en la ciudad eran miembros de una familia de hermanos. Hecha esta justicia á una clase á la que generalmente se cree por su abyeccion incapaz de toda virtud, debo decir que la feria vale poco, aun cuando en otros años de paz haya solido ser mucho mas lujosa y abundante en toda especie de tráfico. Pero despues de haber visto el movimiento de compra y venta de los de Zafra y Trujillo, en Extremadura, y Mairena y Ronda en Andalucía; despues de haber gozado del alegre bullicio que reina en la festiva de Santiponce, junto á las sagradas y venerables ruinas de Itálica, y de los encantos que ofrecen las piadosas cuantas divertidísimas romerías del Santo Cristo de Torrijos, en las cercanías de Sevilla, y de nuestra Señora del Rocío, en las extendidas praderas de Almonte, no puede llamar mucho la atencion una feria en la cual todo se reduce á que sea un poco mayor de lo ordinario la venta de manufacturas extranjeras. Sin embargo, el círculo de la buena sociedad se reune de doce á tres en la calle de la Estafeta (si es que la memoria no me ha equivocado el nombre), y allí lucen su talle y su elegancia mas de una hermosa, y hacen alarde los jóvenes del pais de su franca y poco estudiada finura. Por las tardes, y luego que las corridas de toros han terminado, suele dirigirse la generalidad á los perfumados jardines de la Taconera, paseo elegante y bellísimo hasta lo sumo, en el cual goza la imaginacion con el precioso panorama que se descubre, engalanado en lontananza con las azules crestas del Pirineo, y se embriagan los sentidos as-

(1) Esta descripcion del hallazgo del sagrado cuerpo de san Fermin está estractada de Moret, el cual la escribió embebido en las tradiciones que se han conservado en Pamplona hasta nuestros dias.



PERSECUCIONES CONTRA EL CRISTIANISMO.

pirando mil aromas deliciosos y seductores. Las corridas de toros, que se verifican en la mal perjeñada plaza, levantada en la del Castillo, de maderas viejas, y cuyos palcos son los balcones de las casas que la rodean, no tienen el encanto ni la animacion que es el alma de estos espectáculos, y que solo se disfruta en Madrid y en algunas poblaciones de Andalucía. Sin embargo, los toros navarros son generalmente de *sentío*, como dicen los taurómacos, y esto hace que los lidiadores trabajen bien; lucióse, pues, y no poco, Cúchares, que estuvo sumamente feliz, y salió triunfador en todas las ocasiones que le tocó matar: y al ver la destreza y precision con que postraba el esfuerzo de aquellas indomables fieras, á veces de la primera estocada, me acordé de los preciosos versos de Ariosto;

«Fu il vencer sempre mai laudabil cosa
Vincase per fortuna o per ingegno.»

que acreditan, aplicados á la situacion presente, el mérito del lidiador. Por lo que respecta á la fisonomía, de la que se ha convenido en llamar buena sociedad, es idéntica en Pamplona á la de todas las primeras capitales de España. En ella ha desaparecido el tipo de originalidad que sellaba nuestras antiguas costumbres; y por lo tanto, si se quiere encontrar algun resto de estas, es necesario buscarlo en las clases menos acomodadas, únicas acaso que aun conservan en parte tal distintivo. Con todo, si ha perdido en originalidad, yo creo que no en finura, y de ello me fue garante la amabilidad y cortesanía de las señoras de Campion, en cuya casa tuve el placer de aplaudir el talento del eminente artista español Soler, primer oboe del real teatro italiano de París, y el mérito singular de los señores Sarmiento, Cepeda y Gaztambide, flautista el mas aventajado de España el primero, y pianistas distinguidísimos los segundos. Despedíme, pues, de la Navarra capital no bien hubo tocado su fin la feria; y si han podido olvidárseme algunas particularidades en lo que he dicho de ella, á los que han tenido la paciencia de leer estos incorrectísimos apuntes, hay una cosa de que no podré olvidarme jamas; y es la franca lealtad y finura de los habitantes de Pamplona.

MANUEL CAÑETE.

CARLOS V y BARBARA BLOMBERG.

ERRATA. En el número anterior del *Laberinto*, en lugar del encabezamiento que llevaba la novela titulada el HERMANO DE LA MAR, ha de entenderse del modo siguiente:

CAPITULO III.

Una espedicion á la montaña.

.....
Mas... ¡ay!... que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
.....
.....
¡Oh inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida!

(MIRA DE AMESCUA.)

EL HERMANO DE LA MAR.

—

CAPITULO IV.

El defensor de la inocencia.

¡Ay del que sufra su infernal descarga!

LARRA.

Tres dias despues de verificada la expedicion á la montaña, de la que nos ha dado una breve noticia el diario de Eugenia, se hallaban en una de las habitaciones bajas del café de Europa, establecido en el centro de la ciudad, varios de los jóvenes que tomaron parte en aquella alegre y tristemente desenlazada romería.

El Inca estaba tambien entre ellos, ayudándoles á desocupar unas cuantas botellas de licores extranjeros, de que profusamente se hallaba cubierto un velador de mármol que ocupaba el punto céntrico de la circunferencia trazada por aquellos predilectos discípulos de Baco. Muellemente reclinado en un divan, tenia izadas las piernas sobre el tablero de una mesa inmediata, sin que en el espacio de una hora que conservaba esta posicion, le hubiera permitido su indolencia mas movimiento que el del brazo derecho para tomar su copa, vaciarla de un solo trago y devolverla al lugar que antes ocupaba.

Sucedió un instante de silencio á la atropellada algaravía y variedad de conversaciones que á la vez entre ellos se cruzaban, el cual aprovechó el Inca para preguntar con el acento de la mas completa indiferencia.

CARLOS ANDRADE.

—Y ¿qué ha sido de esa pobre muchacha?

—¿De quién? dijeron varios.

—De la hermosa y única heredera del Creso europeo.

—Pobre, eh? repuso un oficial de la guardia del Presidente; le aseguro á Vd. amigo Alvarado, que hace mucho tiempo que ando buscando una pobreza como la suya, y por mas que hago no la puedo cautivar.

—Tampoco á mí, en ese sentido, me vendria del todo mal, añadió el Inca tomando una postura completamente horizontal; yo he tenido la flaqueza de arruinarme por tres veces, y los bienes de esa linda criolla por de pronto evitarian que se consumase la cuarta ruina que de cerca me amenaza. Felizmente he dado en heredar á varios individuos de mi familia, y lo que siento es que ya no me queda mas que un tio bien establecido en Europa, al que pienso hacer en breve una visita para saber á cuantos estamos de lonjevidad.—Pero volviendo á nuestra perla mejicana, ¿qué diablos de aventura ha sido esa que he oido contar de mil maneras? Vosotros que tuvisteis el alto honor de escoltarla en la espedicion, ¿no me sabreis decir lo que hay de cierto sobre el particular?

—Y ¿qué hemos de decir, si aquello fue visto y no oido? que entró en el bosque delante de todos, que se internó por la espesura y que no la volvimos

á ver. Su criado Damian fue el primero que notó su ausencia, nos comunicó los temores que tenia de que el tordo que montaba se le hubiese desbocado, y entonces varios de nosotros corrimos á la ventura por entre aquellos matorrales.... pero nada; la noche nos sorprendió y perdimos la esperanza de encontrarla. Despues hemos sabido que efectivamente el caballo se desmandó hasta el punto de arrojarla en un juncal, donde la halló su criado privada de todo conocimiento, y dos millas mas allá han visto ayer por la mañana al pobre tordo reventado y con una saetilla de dos palmos clavada en las ancas.....

—¡Hombre..... hombre! interrumpió el Inca incorporándose, eso de la saetilla parece que encierra algun misterio.....

—Nada tiene de particular, siguió el narrador de la aventura; el bosque está lleno de cazadores, y alguno habrá querido probar sus armas tirando al blanco sobre la piel del endemoniado bruto, cuando ya no servia para otra cosa.—Desde entonces no la hemos vuelto á ver, porque la quinta está cerrada para todo el mundo; pero..... aquí viene Cárlos de Andrade, que como pariente de nuestra heroina habrá obtenido el privilegio de saludarla personalmente, é informarse del estado en que se encuentra.

Efectivamente, un jóven asaz afeminado, que por la alegría infantil de su semblante y por la completa ausencia del bozo que en él se notaba tendría á lo mas diez y seis años, se acercó á aquella alegre turba, entre la cual mas de uno habia dado ya señales evidentes de una próxima é inevitable embriaguez.

—¿Cómo está tu prima? preguntaron en coro mas de veinte voces.

—¿Podemos brindar por su completo restablecimiento?

—¿Se le ha pasado ya el susto?

—¿Cuándo se abren sus salones, y volvemos á bailar con ella?

—¿Es cosa de que el luto nos dure mucho tiempo?

—Queremos verla!

—Y aplaudirla!

—Y hacerla el amor!

—Señores!..... dijo el neófito tendiendo el brazo y disponiéndose á contestar á todas las preguntas.

—Que va á hablar!

—Orden!.... silencio!....

—Que se empine el orador sobre las puntas de los pies!

—Que se suba sobre una silla!

—Que se suba sobre una mesa!

—Sí, sobre el velador!

—Sí.... sí!

—No, que vamos á creer que nos habla una botella!

—No importa!

—Que se suba!.... le subiremos!....

Y entre la inmensa batería de copas y botellas colocaron á aquel inocente párvulo, que muy satisfecho del entusiasmo que excitaba su persona, paseó una espresiva mirada por aquel revuelto auditorio, y dijo desde su eminencia improvisada.

—Señores!.... yo soy el único mortal que desde el funesto acontecimiento del otro dia, ha tenido la ventura de penetrar en el cerrado alcázar donde mora la que con razon apellidan por do quiera, la perla mejicana.

—Bravo! bravo!

—Adelante!

—Que no se le interrumpa.

—Que beba una copa de Ginebra y que prosiga.

—Bebo, y prosigo.—A nadie debe sorprender una distincion tan honorífica, porque ademas de las relaciones de parentesco que me unen á su familia, estoy destinado, mas ó menos pronto, para.... para....

—Para ¿qué?

—No sé si en este lugar....

—Que lo diga!

—No queremos reticencias.

—Que beba una copa de rom, dispertador de la franqueza.

—Bebo pues.... decia que.... diablo!.... se me va subiendo á la cabeza.... y me voy á caer....

—Tanto mejor!

—Eso no es nada!

—Sepamos!....

—Decia que estoy destinado para poseer mas ó menos pronto el riquísimo tesoro de su hermosura sin par.

—Ah! picarillo!

—Eso no puede ser!

—Daré explicaciones; se oyó decir á la atiplada voz de Cárlos.

—No las queremos oir!

—Que se retracte!

—Eugenia no puede ser esposa de un soprano!

—Ese es un insulto.... y yo puedo.... gritó Cárlos formalizándose.

— Tiene razon!.... no es esa su tesitura?..,.

— Dejadle que se explique!

—Sí!.... que nos demuestre....

—No!.... no!.... me declaro su rival.

—Y yo!

—Y yo!

—Y todos!....

—Un brindis general por el primero que consiga una prenda de amor de la brillante perla de Méjico!

—Aprobado!.... aprobado!

Y todos levantaron las copas y con el mayor desórden las apuraron. El Inca no tocó á la suya, no habia pronunciado una palabra, ni habia cambiado de postura.

—Alvarado no ha bebido!... observó uno de los beodos.

—Ni ha tomado parte en nuestra zambra!

—Está durmiendo!..,

—Que se despierte, y que brinde y que alborote...,

—Alvarado!!! gritaron todos á la vez.

—Silencio!—dijo éste poniéndose de pie y afectando una formalidad estremadamente cómica.

Todos callaron.

—Yo no brindare, continuó, porque respeto demasiado los derechos justamente adquiridos por ese apreciable mancebo que habeis colocado sobre el velador.

—¡Gracias, Alvarado! dijo Cárlos creyendo de buena fé en las palabras del preopinante.

—¡Al órden! jóven temerario.... no interrumpa Vd. al descendiente de Jicotencal.

El Inca siguió.

—Ademas, señores, el pronunciar en este sitio y en los términos que se ha hecho el nombre de una señorita digna por todos conceptos de la mas alta consideracion, me parece un atentado gravísimo, una profanacion sacrílega, escandalosa, y un abuso imperdonable de la casta paciencia de ese jóven, que con ella nos ha dado una prueba irrecusable de que posee una de las prendas mas importantes para llegar á ser un buen marido.

—Sublime! dijo Cárlos aplaudiendo desde el velador. Si me pudiera bajar le daria á Vd. un abrazo.

—Y ya que se me ha puesto en el caso de tomar parte en esta cuestion, por mas que yo lo he rechazado, no quiero que pase sin contestacion una calumnia, que con motivo de la ocurrencia que todos sabemos, se complacen en circular lenguas venenosas de las cuales no hay honra segura, ni reputacion que resista por sólida que sea.

—Qué será?

—No lo sé.

—Escuchemos.

—Yo no puedo aparecer como sospechoso, porque nadie ignora que no he tenido la fortuna de agradar á esa hermosa señorita; por consiguiente al declararme paladin de su honor ultrajado, ninguno podrá creer que lo hago con la esperanza de mejorar mi posicion cerca de ella, sino por mi constante amor á la justicia, mi decidida aficion á proteger al débil y á defender donde quiera á la inocencia.—Se ha dicho, y desearia saber por quién, que la repentina desaparicion del otro dia en el bosque ha sido una farsa y nada mas con el objeto de pasar una noche en la choza de un cazador de leopardos con cierto misterioso personaje.

Un vago murmullo de sorpresa y de desaprobacion se levantó de entre el auditorio: las piernas del futuro esposo de Eugenia vacilaron y vino al suelo por último con el velador y la vajilla que contenia, aumentándose la confusion por espacio de algunos instantes.—Restablecida la calma prosiguió Alvarado.

—En vuestros semblantes miro retratada la noble indignacion que inspira una calumnia tan grosera, y yo juro confundir al miserable que ha osado atentar contra la mas inmaculada de las reputaciones.

Y esto diciendo salio del café seguido del imberbe Cárlos, dejándolos á todos sobrecogidos de la mas profunda admiracion.

—Pero ¿ha hablado de veras?

—Qué sé yo.... me parece que sí....

—Lo habrá dicho por asustar á Andrade.

—No, no; á lo último no se chanceaba.

—Sabeis que tiene chiste la invencion?

—Teníais alguno ya noticia de ello?

—No—no.

—Ni yo.

—Pues si fuera verdad, no era mal chasco....

—Imposible!...

—Bah!

—Quién puede ser el misterioso personaje?

—Pero.... qué! ¿dais ya por supuesto....

—Quién sabe....

—A mi no me importa.

—Ni á mí.

—Yo en estas materias ni creo ni dejo de creer.

—Pues yo me alegraria de saber lo cierto....

—Sea lo que quiera no puede permanecer oculto si estamos avisados....

—Cabalmente.

—Ello dirá.

El objeto del Inca se habia cumplido.—*Dudaron.*

Entretanto recibia en la calle con desdeñosa ligereza las felicitaciones del cándido mancebo que le prodigó multitud de cariñosas demostraciones por el interés y calor con que habia defendido el injuriado honor de su prometida.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo—le decia el taimado don Luis.

—Sin embargo, es una caballerosidad extremada, eso de tomar sobre Vd. el desagravio de una persona con quien debe de estar muy resentido.

—Qué quiere Vd., yo soy asi.

—Yo tambien quiero hacer algo, y voy á reconciliarlos inmediatamente.

—Por mi parte ya ve Vd. si he dado al olvido aquel ligerísimo desaire; pero ruego á Vd. que no le refiera lo que ha pasado porque la molestaria, y porque no gusto de que me agradezcan nada cuando cumplo con mi deber.

—Y ¿habia de quedar sepultada en el silencio una accion que tanto le ennoblece? No, amigo don Luis, yo seré el primero que le demuestre todo el mérito que encierra....

—Le prohibo á Vd.

—Nada, nada; vuelo á la quinta y esta noche sabrán todos en ella que le son deudores....

—Pero....

—A Dios!... es muy justa esa modestia, pero yo sabré tambien cumplir con mi deber.

Se separaron, y el Inca le vió alejarse contentísimo con la esperanza de los ópimos frutos que iba á recoger de las semillas que acababa de derramar.

Principiaba á oscurecer: se dirigió apresuradamente hácia el fondo de la calle, donde hacia algun tiempo que un hombre del pueblo le esperaba, y acercándose á él cambiaron estas breves palabras.

—¿Qué tenemos?

—Esta es la llave de la puerta pequeña del pabellon en que ahora pasa las noches.

—¿Está muy retirado de la casa?

—En el fondo del jardin interior.

—Y ¿qué gente la acompaña en él?

—Una de sus doncellas que todas las noches sale á hablar conmigo al bosquecillo.

—Todas?

—Muy pocas son en las que ha dejado de verificarse....

—Pues que no sea esta noche una de ellas.

—Corriente: ahí va la llave.

—Ahí va la mitad de lo ofrecido.

Cada cual tomó luego una calle diferente, y ambos se perdieron en la oscuridad.

TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Revista Teatral y Literaria.

La Jura en Santa Gadea.

El Cid y el rey don Pedro de Castilla son indudablemente los héroes que mas argumentos han suministrado á las fábulas de nuestros poetas dramáticos de todas épocas. Para este género de producciones, era mas á propósito el carácter y cuanto la historia nos refiere del segundo; sin embargo, nadie ignora hasta qué punto supo ilustrar Guillen de Castro el teatro español con la hermosa figura del amante de Jimena.

Era esto en los tiempos de recuerdos todavía gloriosos para España, tiempos en que nuestra civilizacion servia de modelo á lo demas de Europa, en que llevábamos por todo el mundo el suave imperio de nuestra soberanía, y no habia nacion ni pueblo que no se preciase de imitar nuestros usos, seguir nuestros estudios, y cultivar nuestro idioma. Entonces fué cuando un talento tan aventajado como el de Corneille se propuso trasladar al teatro francés las *Mocedades del Cid*, obra justamente estimada entre nosotros, y lo realizó con tal acierto, que no solo alcanzó para sí perpetua celebridad, sino que abrió á los suyos los tesoros de un arte en que nadie llevaba ventaja á los españoles.

Ocioso es decir que Corneille se contentó por entonces con la gloria de imitador; que rara vez perdió de vista al modelo que habia escogido, y que en la opinion de respetables críticos, lo poco que puso suyo no acrecentó en gran manera la reputacion á que habia aspirado. Fuese por esta causa, por la envídia de su inesperado triunfo, ó lo que parece mas puesto en razon, por el rigor sistemático que desde luego se propusieron observar los clásicos franceses, ello fué que Corneille vió convertida en objeto de amargas censuras una obra que tanto habia satisfecho su amor propio. Hasta el mismo cardenal de Richelieu, dando de mano al cuidado de los negocios, pretendió con mezquina rivalidad disputarle su victoria, y el invencible Scudery estendió una larga acusacion contra el infeliz poeta, que hubiera sucumbido quizá al predominio de sus émulos, si no hubiese mediado con su prudencia y autoridad la Academia francesa; la cual, sin faltar á los miramientos que debia á su ilustre fundador, ni á la templanza propia de una discusion de aquella especie, manifestó bien claramente en sus observaciones que el juicio de Scudery no era imparcial ni siempre exacto, y que *el Cid* era una produccion digna de los honores que se le tributaban.

Todos estos antecedentes eran útiles para quien en nuestros dias se propusiese presentar nuevamente en escena al héroe castellano; mas por lo mismo que iluminaban el camino que debia seguirse, añadian nuevas dificultades, poniendo en claro los peligros, que siendo tantos, no podian menos de retraer á todo el que no se sintiese animado del verdadero ingenio, de la fecunda inspiracion, *divite vena* que decia Horacio.

Recordamos haber oido alguna vez al señor Hartzenbusch estas ó parecidas reflexiones; deseaba hacer un nuevo retrato del amante de Jimena, y aunque en efecto conocia muy bien los inconvenientes de semejante empresa, sentíase interiormente alentado ya por la prevision que no abandona nunca al talento, ya por su natural aficion á los caractéres históricos, ya en fin por consagrar esta especie de homenaje á nuestras antiguas glorias, tanto nacionales como literarias. Reducir el cuadro de esta nueva composicion á los límites ya conocidos, ni podia agradar en la actualidad, ni era empeño correspondiente á una superioridad como la suya; pero por otra parte agrandar demasiado las proporciones de su obra, y complicar un asunto que la época, el pais, y hasta la condicion de los personajes que habian de intervenir en él requerian que fuese sencillo por excelencia, hubiera perjudicado tambien al éxito de su empresa.

El medio entre ambos extremos que desde luego debió elegir el señor Hartzenbusch, nos parece el mas natural, y al propio tiempo uno de los pocos posibles. De pintar jóven al Cid, es preciso hacerle hablar como amante; pero sus amores solo pueden servir ó para una accion eminentemente trágica, ó para un género de poesía que no admite las formas de la dramática: por una parte, pues la necesidad de representar enamorado al héroe, por otra la conveniencia de no levantar su figura sobre el sublime coturno; esto último hubiera quizá reproducido los cargos que se hicieron á Guillen y á su imitador Corneille; cargos que si entonces fueron injustos, hoy no pueden menos de tenerse en cuenta.

Scudery, y con posterioridad otros varios críticos, han calificado de perversa y desnaturalizada á Jimena, porque no podia desechar de su corazon á Rodrigo, al Cid, que en un desafío acababa de privarla de su padre. No conocian que de cuantas situaciones trágicas pueden inventarse, ninguna lo es mas que la de una mujer que ama involuntariamente al autor de tan gran desdicha; no sabian que si con algo puede suplirse en el teatro moderno al fatalismo griego, es con este, que tambien puede llamarse fatalismo del corazon; no veian que el mismo Corneille se habia anticipado a sus reconvenciones, diciendo al fin de su tragedia por boca de la desventurada amante:

¿..... Dois-je être le salaire,
Et me livrer moi-même au reproche eternel
D' avoir trempé mes mains dans le sang paternel?

Y respondióle el rey.

Le temps assez souvent á rendu legitime
Ce qui semblait d'abord ne se pouvoir sans crime.
Rodrigue t'a gagnée, et tu dois être á lui.

Pero ¿qué mucho que hiciesen esta objecion unos críticos infatuados, cuando magistrados respetables afirmaron despues que el haberse hecho tan comunes en Francia los desafíos se debia á las representaciones del Cid y al entusiasmo que producia en las almas de los espectadores? No han dicho mas los que atribuian los frecuentes suicidios ocurridos en ciertos paises al Werther del inmortal Goëthe.

De todas suertes el señor Hartzenbusch ha procedido muy cuerdamente en no dar motivo para que se le opusiese este reparo, tanto mas cuanto que algunos historiadores sostienen su opinion y hacen á doña Jimena, no hija del conde don Gomez de Gormaz, muerto por el Cid, sino de don Diego, conde de Oviedo: lo cual puede quitar á la fábula gran parte de su interés, pero sienta un precedente que favorece mucho á su regularidad.

Hecha esta alteracion, era indispensable dar al argumento diverso giro; sin la lucha de Jimena entre el amor y el deber, no existe ninguna combinacion trágica que pueda reemplazar al bellísimo drama de Guillen de Castro. El señor Hartzenbusch eligió otro hecho de la vida de su héroe, á saber, la jura que se obstinó en tomar al rey don Alonso antes de que entrase éste en posesion de la corona de Castilla, obligándole á declarar que no habia tenido parte en la muerte de don Sancho: por esta razon el drama de que tratamos lleva por título *la Jura en Santa Gadea*.

Sin embargo, esta accion no era por sí ni suficiente para el tejido de la fábula, ni bastante dramática para producir el grado de interés que debe apetecerse; el señor Hartzenbusch que no podia menos de conocerlo, trató de unirla á un episodio que la realzase, y ninguno seguramente mas á propósito que los amores de Rodrigo con doña Jimena, pues haciendo depender de la jura el enlace de los amantes, dando al rey don Alfonso cierta autoridad sobre la hermosa huérfana, venian á quedar íntimamente unidas dos acciones absolutamente distintas, sin que la una perjudicase á la otra, ni el episodio amenguase á la primordial, antes bien recibiendo esta una importancia que pocos seguramente hubieran acertado á darle.

La accion comienza momentos antes de llegar el rey D. Alfonso á Búrgos, donde se hallaban el Cid y la reina viuda, ambos deseosos de averiguar el enigma de la muerte de D. Sancho. El Cid refiere á la reina Alberta sus amores con una jóven desconocida, á quien hacia siete años que no habia visto; pero una seña puesta en el templo de Santa Gadea le obliga á presumir que permanece fiel á sus promesas. Alberta amaba á Rodrigo, pero con un afecto secreto y puro, que no se atreve á manifestar, y que ha de imponerle en lo sucesivo sacrificios tanto mas laudables cuanto mas costosos. El rey llega á Burgos con ánimo de coronarse soberano de Castilla; precédele entre la comitiva su pupila; vénse los dos amantes; se reconocen en una escena llena de naturalidad y diestramente manejada; pero sabedor el rey de sus amores, y poco dispuesto á ceder á la exigencia del juramento, anuncia que va á casar á Jimena con Gonzalo Ansurez, con lo cual cree obligar á Rodrigo á desistir del empeño que respecto á la jura habia formado. Aquí termina el acto primero, y aquí se confunden ya las dos acciones para no separarse en lo sucesivo.

En el acto segundo, el rey, no perdiendo de vista sus proyectos, anuncia á Jimena que la reina viuda ama á Rodrigo; y en cuanto á ella, que la destina para esposa de Gonzalo. Por las palabras, propias de una jóven inocente, que ella le dice, comprende D. Alfonso que en efecto son ciertas sus sospechas acerca de los amores del Cid y de Jimena, y promete á esta arreglarlo todo como lo desea; pero al ver despues que Rodrigo insiste en lo de la jura, le amenaza con el casamiento de Gonzalo. Ni las súplicas de Jimena, ni la misma abnegacion de la reina Alberta vencen la obstinacion de Rodrigo, antes se aumenta esta cuando al fin del acto segundo se presenta Gonzalo Ansurez diciendo que ha caido prisionero Vellido Dolfos, y confesado antes de morir cosas que él solo ha oido. La envidia y el aborrecimiento con que mira al Cid le sujieren una calumnia: asegura haber declarado Vellido que mató á D. Sancho por complacer al Cid. Este rechaza con la indignacion y energía propia de su carácter semejante afrenta; Gonzalo propone el duelo; Rodrigo lo admite.

al momento,
al momento; pero ¡qué!
¿merece ese descreido
que á lidiar con él me baje?
Ni él, ni todo su linaje,
ni aun el reino en que ha nacido.

Reina. ¡Rodrigo!
Rey. ¡Rui Diaz!
Gonzalo. Ved
que á un reino habeis insultado.
Cid. Pues si el reino se ha picado,
la palabra recoged.
Leoneses. Que satisfaga.
Cid. Salid,
seguidme.
Reina. No lo permito.
Rey. Desdecios.
Cid. Lo repito:
no se vuelve atrás el Cid.
Gonzalo. Mirad que no reconoce (*A la reina*)
su yerro, que nada escucha.
Cid. Sangre necesito..... y mucha.
No es nada la de esos doce.
Gonzalo. Con los doce que hay aquí,
lidiará quien los desdora.
Cid. Con quince lidié en Zamora,
y á los quince los vencí.
Rey y Reina. Paz, paz,
Cid y Leoneses. No.
Reina. ¡Qué desventura!
Cid. Por mí no tengais recelo. (*A la Reina.*)
Mañana á las nueve el duelo. (*A Gonz.*)
Mañana á las diez la jura. (*Al Rey.*)

Con esta escena, que es la que hemos procurado representar en la lámina, finaliza el segundo acto: confesemos que no puede idearse conclusion de mayor efecto, ni valentía mas noble que la del Cid, ni situacion bajo todos aspectos mas interesante.

Llega la hora del duelo en el tercer acto, y el Cid no se presenta; se habia quedado dormido sobre la silla del trono, preparada para la jura. Alfonso quiere encerrar á Jimena en un cláustro; pero frustra sus proyectos la generosidad de la reina Alberta. Entretanto se efectúa el duelo, que Jimena presen-

cia desde un mirador; al principio triunfa el Cid, pero cae en tierra, y su amante se retira horrorizada. Todos presumen que la suerte ha sido en esta ocasion adversa al animoso Rodrigo; pero se presenta su primo Alvar Fañez, que declara haber ocupado su lugar viendo que se retardaba, y haber sido él, y no el Cid, el vencido. A poco entra este triunfante de todos sus contrarios; y averiguada su inocencia, se verifica la jura del rey con toda la prolijidad que la refiere el romancero; Jimena da la mano de esposa á Rodrigo, y Alberta se retira á un monasterio de Alemania. Sin embargo, el señor Hartzenbusch hizo

Mañana á las nueve el duelo.—Mañana á las diez la jura.
Final del acto 2.º—JURA EN SANTA GADEA.

esta modificacion en el teatro, pues en el drama, tal como se ha impreso, Jimena y el Cid se separan con la seguridad de unirse un dia; pero al propio tiempo con el sentimiento de no realizarlo entonces.

Haríamos este artículo poco menos que interminable si nos propusiéramos escribir un análisis digno *de la Jura de Santa Gadea*. ¡Qué verdad, qué interés en las situaciones! ¡Con cuánta satisfaccion vemos en el primer acto á los dos amantes encontrarse de nuevo, reconocerse y permanecer fieles á su promesa! ¡con qué acierto está manejado el papel de don Alfonso, que lejos de parecer odioso, nos inspira respeto algunas veces, y nunca se muestra indigno de sus pretensiones!

Si en prueba de la delicadeza con que están pintados todos los caractéres, quisiésemos citar los trozos que mas se señalan bajo este aspecto, nos empeñaríamos tambien en una tarea excesivamente prolija. La escena X y última del acto primero, que empieza Rodrigo con los siguientes versos:

No mas aquí ya, no mas:
no hay que perder un instante.
Burgaleses, adelante,
rey Alfonso, atrás, atrás;

la obstinacion con que pospone á su fama y honra el amor de Jimena, diciéndole:

antes que mostrarme indigno
de tí, prefiero perderte;

aquel hermoso pensamiento del Cid

¿qué culpa tiene un caudillo
de que no haya quien le venza?

y otras cien y cien ocasiones en que á veces con una sola palabra demuestra la energía envuelta en la llaneza de su carácter, bastan para convencerse de que el protagonista del drama no es ni mas ni menos de lo que debió ser, y corresponde exactamente á la idea que de él tenemos formada.

Jimena en el primer acto es tan sencilla, tan franca como en aquel romance escrito á don Fernando, en que quejándose de la ausencia de su esposo le dice al mismo rey entre otras cosas:

¿qué ley de Dios vos otorga
que podais por tiempo tanto,
como há que fincais en lides
descasar á los casados?

En todo lo demas del drama, sin perder su natural ingenuidad, obedece á las diferentes pasiones que la dominan, mostrándose ya celosa, ya irritada, ya vengativa, ya finalmente atormentada por la desesperacion, pero siempre noble.

El carácter de la reina Alberta es una de aquellas puras creaciones que el señor Hartzenbusch suele ofrecernos en sus dramas, y de cuyas dificultades triunfa siempre. Los de los restantes personajes, como secundarios, es ocioso decir que no admiten objecion alguna.

Ciertas expresiones algo impropias de la época, los sueños que refiere el Cid á Jimena, puestos en lugar de la parte maravillosa de *las monedas del Cid*, y demasiado prolijos para que surtan buen efecto, y alguna que otra situacion un tanto exagerada, tales son los lunares que nos atrevemos á señalar en esta bella produccion, y quizá rigorosamente no lo sean, sino que el empeño de hallar estos ú otros nos haga parecer defectuosas hasta sus mismas perfecciones.

En la representacion se distinguieron principalmente la Matilde Diez y Latorre; Jimena, la verdadera Jimena no nos hubiera interesado tanto como la inimitable actriz encargada de retratarla. Damos fin á estas observaciones felicitando á la empresa del teatro del Príncipe por su laudable celo y actividad.

En el teatro del Circo se ha representado últimamente la *Parisina d' Este*, del maestro Donizetti. Limitándonos á la ejecucion, solo diremos que lo mas notable era la salida del tenor Tamberlich, á quien no habíamos tenido el gusto de oir aun en esta corte, y que correspondió completamente á las esperanzas con que le habia precedido su justa nombradía. Su voz es flexible, es propia y sobremanera simpática; su escuela de canto buena; la accion natural y agradable: creemos en una palabra, que el Circo ha hecho una buena adquisicion, y que el señor Tamberlich es muy digno de la favorable acogida que ha tenido.

POESIAS.

PASSY.

París, adios; albergue hallé y reposo
En Passy; me retiro de tus muros;
Tu hijo te roba el gasto de su entierro,
Sus licores te niegan ya el tributo.
Plegue al cielo que, libre de borrascas
Aquí envejezca, y próximo al olvido
Me aduerma, como el ave en la enramada,
De mi exánime acento el débil ruido.

MI CONTEMPORÁNEA.

De que teneis mi edad hicísteis gala,
No cree el amor lo que decís, amiga;
Apuesto á que las parcas han mezclado
Ya con el vuestro el hilo de mi vida.
Dividiendo al acaso esas matronas
En dos solas porciones nuestros años,
Me dejan los inviernos, los otoños,
Y os tocan primaveras y veranos.

PLEGARIA DE UN EPICÚREO

escrita en las Catacumbas.

Vé á la muerte cuál tala las espigas
Del campo y del vergel por tí fecundo;
Despierta corazones adormidos,
Oh dulce amor, reparador del mundo!
Al horror que nos ciñe, con tu amparo
El anhelo de amar oponga dique,
Y si la muerte siega de contínuo
De sembrar sin descanso no te olvides.

COPLAS

escrita al frente de una coleccion de canciones manuscritas, de M.

Si fuera rey de la cancion amena
Cual lisonjeras voces lo murmuran,
Jóven usurpador os denunciára
Vuestro volúmen á mi inquieta musa.
Consejos dáis en armoniosa rima
De los franceses á la triste grey,
Que amagáran mi cetro y mi corona
Si fuera rey.

A. F. del Rio.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. Boix.

DIRECTOR Y EDITOR D. A. DEL RIO,
Madrid 1845.